

SM
C^a8
77

S. M. / C. S.
ESTANISLAO



Piecesita dramática en dos actos y un epílogo

DEDICADA

Á LOS CONGREGANTES DE LA INMACULADA

Y

SAN ESTANISLAO DE KOSTKA

DE LA

CIUDAD DE MAHON

POR

ELISA SABATER DE THOMÁS



MAHON

Tipografía de Francisco Fábregues.

1901



1056971

SM C^a8 77

2827 86-2
SAB

ESTANISLAO

Pieccesita dramática en dos actos y un epílogo

DEDICADO

Á LOS CONGREGANTES DE LA INMACULADA

Y

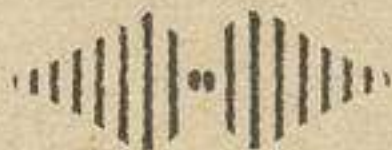
SAN ESTANISLAO DE KOSTKA

DE LA

CIUDAD DE MAHON

POR

ELISA SABATER DE THOMÁS



MAHON

Tipografía de Francisco Fábregues.

1901



A-897A

PERSONAJES

DON FERNANDO (padre de)

EMILIO y

ESTANISLAO.

DON SANTIAGO, anciano sacerdote.

FELIPE, amigo de Emilio.

ANDRES, criado.

ACTO PRIMERO

Gabinete amueblado con gusto y sencillez; sobre el sofá un cuadro de buen tamaño del Sagrado Corazón.

ESCENA PRIMERA

D. FERNANDO, después ESTANISLAO.

D. Fernando sentado en el sofá en actitud reflexiva: al empezar el acto entra Estanislao.

Est.—Buenos días, papá. (Le besa la mano.)

D. F.—Dios te guarde, hijo mío.

Est.—(Con cariño). V. está triste papá: se siente acaso enfermo?

D. F.—No, hijo: estoy bien de salud; mas la pena y el sentimiento, laceran mi alma.

Est.—Adivino la causa de su dolor: desde

que Emilio ha vuelto le veo á V. siempre triste y apesadumbrado.

D. F. — Sí, Estanislao, preveo que Emilio va á darme serios disgustos, que va á amargar terriblemente los últimos años de mi vida.

Est. — En mal hora alejóse Emilio de casa; él, antes tan cariñoso, tan bueno, se ha vuelto brusco, huraño; apenas pasa entre nosotros las horas precisas para comer y descansar: padre mío, también á mí me llena de amargura el mal proceder de Emilio. Pluguiera á Dios se enmendase!

D. F. — Cuando entraste estaba yo pensando en el dolor que sentiría tu buena madre si viviera, al ver el cambio que se ha operado en Emilio tan querido por ella!

Est. — Ob! sí, su pena sería inmensa.

D. F. — Dios quizá la ha llamado á Sí para evitarle tremendos disgustos.... Feliz ella que goza ya de eterna paz!

Est. — Y ese dichoso Felipe que no lo deja un momento: ya sabe V. que no es santo de mi devoción.

D. F.—Ni mío; por eso procuré siempre no tuviérais amistad con él; el otro día exigí á Emilio que cortara de un modo ú otro las relaciones de su amistad con Felipe.

Est.—Se negaría á ello, sin duda.

D. F.—Sí, y me contestó con insolencia tal, que llenó mi corazón de amargura.

Est.—No lo extraño, porque Emilio desgraciadamente se ha olvidado de sus prácticas religiosas; y quién no cumple sus deberes con Dios ni teme su ira ¿cómo ha de cumplir los de buen hijo y á quién temerá?

D. F.—Esa es la más cruel espina que tengo clavada en el corazón. Emilio marchó inocente y bueno, amaba á Dios con toda su alma y ha vuelto irreligioso, olvidado por completo de Dios y dispuesto á ser el verdugo de mi existencia! Si no se enmienda, si no cambia de pensar, me veré en la precisión de tomar una resolución enérgica.

Est.—Padre mío, acuérdesese de mamá; probemos por todos los medios posibles de persuadirle, de hacerle ver que va por mal camino; él tiene buen fondo, ahora está en-

loquecido, quizás alcanzaremos pronto que Emilio torne á ser lo que era antes: no olvidemos que pertenece á la Congregación del Sagrado Corazón; recuerde V. las promesas del amante Jesús, y piense que la palabra suya no puede faltar.

D. F.—Bendito seas, Estanislao de mi alma, tú que sabes derramar una gota de bálsamo en mi corazón lacerado! Hijo mío, tú no puedes comprender en toda su magnitud hasta donde llega el dolor de mi alma al ver á Emilio en la pendiente del vicio, camino de su perdición temporal y eterna!

Para que veas hasta que punto es infelíz tu padre, lee esta carta que recibí ayer y vé la cuenta que acaban de enviarme del hotel de Paris (Le entrega ambos papeles.)

Est.—(Lee y demuestra un gran pesar.) ¡Desdichado hermano, Virgen Santísima no le desamparéis! Jugador..... Dios mío: por el dolor de mi alma, por la pena que á mí me causa, imagino cuán terrible ha de ser esto para V. Padre mío, si á costa del sacrificio de mi vida pudiera devolver á V. la cal-

ma y alegría perdidas, alcanzando de Dios que Emilio dejara sus devaneos; Él me es testigo de que gustoso la diera!

D. F.—Te creo, hijo; eres tan bueno, tu corazón es tan noble y tu alma tan grande, que no dudo llevarías á cabo los sacrificios más penosos para el bien mío y el de tu hermano.

Est.—Menos ha de dudar V. en las promesas del Sagrado Corazón. Recuérdelas una á una y verá como Emilio no puede acabar mal.

D. F.—¡Bendita sea tu fé que tanta esperanza te infunde! Yo no dudo de las promesas de Jesús; pero Emilio ha bebido mortal veneno; yo no debía nunca consentir que marchara á Barcelona; allí, catedráticos impíos le han robado la fé, libros y amigos malos le han pervertido; Dios es justo y castiga mi falta.

Est.—Dios, padre mío, sabe sacar bien del mal; tenga V. confianza en su bondad infinita, pidámosle con fé y perseverancia y alcanzaremos lo que tanto deseamos.

D. F.—¡El te oiga y nos conceda tanta dicha!...

Est.—Con su permiso me marchó; es hora ya de ir á clase (Besa á su padre con cariño y mostrándole la imagen del S. C. le dice): Contemple V. ese Corazón coronado de espinas, herido y llagado: V. llora los extravíos de un hijo; ¡ay padre mío, Jesús sufre por millares de hijos ingratos!

D. F.—Oh, sí! (Le besa) Adios, Estanislao, avisa que en cuanto llegue Emilio, éntre aquí enseguida (Sale Estanislao).

ESCENA SEGUNDA

—

D. Fernando solo, paseándose un rato, de pronto se pára ante la imagen del Sagrado Corazón y la dirige una súplica. Después Emilio.

D. F.—Jesús mío, oíd propicio la súplica ferviente de un padre atribulado (Pausa).

Por vuestro llagado Corazón, por los do-

lores de vuestra Madre, por vuestra Pasión y muerte, apiadaos de mí! (Junta las manos). Acoged benigno, Padre amoroso, estas lágrimas mías; poned en mis labios palabras de persuasión; haced que sepa herir con mis conceptos las más delicadas fibras de su corazón para atraerle otra vez á Vos, que si á Vos torna, Jesús mío, también vendrá á su triste padre: mas, si en vuestros designios entra el que yo no alcance lo que tanto desea mi alma, dadme á lo menos fortaleza para subir resignado el calvario que presiento. No me abandonéis, Padre mío, en mi calle de amargura! (Oye pasos y se sienta).

Em.—(Parándose á la puerta) Me han dicho que deseaba V. verme.

D. F.—Entra, Emilio; siéntate aquí, cerca de mí, tengo que hablarte.

Em.—Estoy á sus órdenes (Sentándose).

D. F.—Hace dos días que no te veo y deseo me digas dónde has pasado este tiempo: creo no me negarás el derecho que tengo á saberlo.

Em.—(Con impaciencia) No quiero negarle nada, pero sí declararle cuanto me mortifica esa eterna fizcalización de todos mis actos: es muy irritante eso de no poder mover un pié sin que tenga que dar cuenta de ello.

D. F.—Y ya lo ves; á pesar de eso, has tenido á bien estar dos días fuera de casa sin pedirme permiso, sin avisarme siquiera; dime dónde los has pasado.

Em.—(Con modales bruscos) En el coto de Felipe, cazando.

D. F.—En el coto de Felipe, sí, pero no allá en el campo, sino en la ciudad, donde con tanta maestría él y comparsa cazan y engañan á los desdichados como tú.

Em.—Padre!.....

D. F.—Y en verdad que cobraste buenas piezas, si bien muy duras y amargas para mi alma! Hé aquí una: es la cuenta que me ha enviado el amo del hotel donde tan alegremente has derrochado una cantidad considerable.

Em.—(Levantándose airado) Ira de Dios, voy á retorcer el pescuezo al fondista!...

D. F.—Siéntate: á tu falta has añadido la mentira que tanto degrada al hombre. Mira, en esta carta me cuentan tantas maldades, me dicen tantas cosas, todas ellas tan vilísimas é indignas de un joven decente y honrado, que no tengo más remedio que decirte, como buen padre que soy, que esto no puede seguir así por más tiempo. Vuelve en tí, reconoce que vas por mal camino; mira que estás robándome la salud y la vida juntamente con la alegría. Oye, hijo mío! (Le toma una mano á Emilio y la acaricia entre las suyas) Yo era feliz cuanto puede el hombre serlo en este mísero destierro; después de Dios compartía el amor de mi corazón entre vuestra madre y vosotros; El se sirvió llamar á Sí á la compañera de mi vida, y entonces concentré todo mi cariño entre tú y Estanislao, desviviéndome por vosotros, siendo vosotros el objeto de todas mis complacencias; de mi Estanislao no tengo la más mínima queja; en cuanto á tí, Emilio mío, yo no sé qué doctrinas han inculcado en tu corazón durante el tiempo que has es-

tado ausente, tan malas, que ya no amas á Dios ni á tu padre; yo no sé que maléfica influencia habrá podido apartarte de la senda del bien y precipitarte al abismo, sin fondo, á donde te conducen tus locuras.

Mírame, hijo mío; mira con atención á tu padre y verásle desmejorado: si supieras, hijo mío, cuán tristes, cuán largas son las noches para mí!... Las paso desvelado pensando siempre en tu proceder, y veo, con clarividencia que me mata, tu suerte desgraciada en ésta y en la otra vida. (Emilio dá muestras de impaciencia en las que hace como que no repara D. Fernando). ¿Por qué no has de ser bueno como antes, Emilio? Vuelve á tus prácticas de piedad, recuerda las que aprendiste de tu madre, honra su memoria bendita practicando cuanto ella te enseñó y tornarán la paz y la alegría á este triste hogar.

Nada hace sentir á tu corazón el dulcísimo recuerdo de aquellos días felices, en que juntos todos íbamos á honrar al Sagrado Corazón, con aquellas Comuniones tan fer-

vorosas? Tu alma puede permanecer fría, helada, al recuerdo de aquel afán ardiente que sentía tu madre por formar tu corazón todo para Dios?...

Los que te enseñaron doctrinas perversas, los que así han extraviado tu alma, te aman por ventura como yo?... Todos esos jóvenes que tanto te halagan, que no te dejan y se dicen tus amigos, te abandonarán si llegas á verte en días de aflicción: ése Felipe con quien estás tan encariñado, es el peor de todos; sólo busca tu perdición.

Emilio, Emilio, oye la voz de la razón, considera cuán pésimo es tu proceder. ¿No ves como los jóvenes de buenas costumbres se apartan de tí? No ves que tu padre ha de ir con la cabeza baja por causa de tus desórdenes, cuando nunca, con el favor de Dios había tenido que bajarla por nada ni por nadie? ¡Hijo mío! tu padre te llama para suplicarte que tengas compasión de tu alma y de él, porque el martirio de su corazón es inmenso!... (Emilio da muestras de aburrimiento).

Mira, Emilio (le muestra el cuadro del Sagrado Corazón), ¿vés este Padre amante? ¿Vés su Corazón circundado de espinas por amor nuestro? Pues este Padre, todo bondad y misericordia, perdona tus extravíos si verdaderamente contrito vuelves á El y le pides perdón de tus faltas. Y yo también te las perdono con toda mi alma, porque ahora me prometerás que renuncias á tus devaneos, que serás bueno. ¿Verdad que me lo prometes, hijo mío? (Con ansia).

Em.—(Retirando su mano de las de su padre). Déjeme V., padre, tengo ya edad para saber conducirme solo; he aprendido bastante para poder decirle que las mojigaterías no son sino prácticas ridículas ya fuera de uso para los que, como yo, saben conquistarse la dirección de su libre albedrío...

D. F.—Cruel! ¿Esta es la respuesta que das á tu infeliz padre? Así correspondes á mi cariño? Insensato, teme la ira de Dios y la indignación de tu padre, que aunque anciano, tiene bastante energía para obrar como sé merece un hijo rebelde y malo. Sábelo,

para tu gobierno: desde hoy queda mi bolsa cerrada á tus despilfarros y mi casa á tus indignos amigos...

Em.—Padre!...

D. F.—(Interrumpiéndole). Si es para mostrarte arrepentido de tus palabras, de tu proceder, habla, que no anhele otra cosa; pero si tu boca va á pronunciar frases que enconen más y más las heridas de mi alma, calla: basta ya de indulgencia, basta ya de blandura: no puedo por más tiempo dejarte hacer, que eso equivaldría á ser cómplice tuyo: tienes una carrera cursada, trabaja, pues: quizás estando ocupado dejarás tus malos hábitos: cuidaré de tu vestido, de tu alimento, pero nada más: tienes razón, á tu edad has de saber conducirte por tí solo. Sí, á tu edad se suele ser ya todo un caballero, cuando tú solamente sabes malgastar la salud, el tiempo y el dinero en francachelas repugnantes.

Em.—Es decir, que me lanza V. de esta casa! (Con ira reconcentrada).

D. F.—Jamás; sólo quiero no patrocinar

tus vicios ni atender á tus despilfarros; mi casa es la tuya ahora y siempre, no tergiverses mis palabras ni mis sentimientos.

Em.—(Con acento de burla y desprecio) Eso serán consejos de su confesor ó del Padre...

D. F.—Calla, cínico, á no escuchar más que los impulsos de mi corazón te hubiera hecho sentir, hace ya rato, los efectos de mi indignación; sólo atendiendo á los consejos de tan prudentes y sabios varones he usado contigo todos los medios persuasivos que has visto hasta aquí. A esos señores, pues, y á tu hermano debes el que mi cólera no se haya desbordado; entiéndelo bien! (Con gran autoridad).

Em.—Desde hoy me consideraré huérfano, y haré ver á V. que para nada le necesito (Con insolencia.)

D. F.—(Levantándose y con energía). Mal hijo, Dios castigará tu obcecación y tu soberbia. Desgraciado del que contrista á su padre, y hace llorar á su madre! La maldición de Dios cae sobre el hijo malo con todo su rigor (Sale).

ESCENA TERCERA

Emilio, después su amigo Felipe.

Em.—(Paseándose). En buena situación me pone mi señor padre! Según acaba de decirme acabóse ya para mí el poder disponer de dinero alguno... . ¡Por Satanás, que voy á hacer una de las mías!..... ¡Ca!, imposible me es renunciar á la vida alegre, á los placeres con que me brinda el mundo y tengo derecho á gozar.....! No faltaba más! Lo que no me den de grado me lo tomaré yo bonitamente....., y será igual. Creerá el santurrón de mi padre que me he quedado tamiñito ante sus amenazas de ruína temporal y eterna, de maldiciones divinas! Já já já... A mí con ésas!..... (Se sienta). Y sin embargo, conozco el carácter de mi padre y sé que cumplirá lo que me ha dicho.... ¡Cuánta razón tenía el señor Rodela cuando nos explicaba, allá en la Universidad, cuán duro

y tiránico es el yugo de los fanáticos como mi padre! Adiós placeres y diversiones.....! Pero nó, yo seguiré como hasta aquí aunque se hunda el mundo....., aunque rabie mi padre (Pausa; se sienta)...

Por vida de todos los curas! Es preciso tomar una resolución, formar un plan..... (Reflexiona un rato.)

(Entra Andrés y anuncia á Felipe).

A.—Señorito, D. Felipe pregunta por V.

Em.—(Con alegría) Que éntre, que éntre!

F.—(Entrando) ¿Qué diantres te pasa? Hace ya una hora que te estamos aguardando y tú sin venir.

Em.—A tiempo llegas; me pasan cosas gordas, gravísimas, Felipe. Siéntate y hablemos; necesito que me ayudes, que me aconsejes.

F.—Y aquéllos nos están esperando en el café!.....

Toma (le da papel y recado de escribir), pónles dos líneas; díles que estoy enfermo, y.....

F.—No, hombre, no, todo está dispuesto

y no podemos faltar; les diré que aguarden, que ya iremos más tarde (Escribe).

Em.—Pero, oye! ..

F.—No hay pero que valga, no podemos demorar lo concertado (llama al criado): ¡Andrés! ¡Andrés!

A.—(Presentándose). Qué se les ofrece?

F.—Toma, vas ahora mismo, como un rayo, al Café de España, preguntas por Don Paco Alegre y le entregas esta esquela.

A.—Está bien (Sale).

F.—Ahora cuenta, dime lo que te pasa.

Em.—Me pasa que el maldito fondista ha enviado la cuenta del festín de ayer á mi padre y el hombre está que trina.

F.—Carambita; poco le basta á papaíto para enfadarse!

Em.—No es esto todo; también ha recibido un escrito en el cual le dicen que vea lo que hace conmigo, pues según la buena persona que tanto se interesa por mi suerte estoy hecho un calavera, un jugador, etcétera, etc.

F.—Algo hay de eso, pero no debe tu pa-

dre tomarlo muy á pechos ¡Córcholis! ¿Acaso esto no es cosa de jóvenes? . .

Em.—Si le hubieras oído! Me ha dicho que vuelva á ser lo que era antes, ó, lo que es lo mismo, que haga lo que Estanislao, que confiese cada ocho días, y todo lo demás vendrá por sus propios pasos.

F.—Horror!..... Y tú, qué le has dicho?

Em.—Que soy demasiado crecido para tales..... cosas. Al oírme se ha puesto hecho un basilisco, en grado tal, que me ha notificado su resolución de no consentir en manera alguna que siga como hasta aquí: me ha dicho que cuidará de vestirme y mantenerme, pero nada más. Y ha añadido que trabaje, que abra bufete y que gane para mis demás gastos.

F.—Diantre! Apuesto que esto no sale de la mollera de tu padre; alguien le ha mareado la cabeza, y este alguien es... algún cura.

Em.—Así se lo he dicho, y por poco me come.

F.—Y tú, qué piensas hacer?

Em.—Yo no lo sé: si he de decir la verdad, maldita la gana que tengo de trabajar, de sujetarme al primer destripaterrones que se presente para llevarle adelante algún pleito.

F.—¡Bravo! Buen tonto serías si pensaras lo contrario. Pues ahí es nada lo aperreado que ibas á estar, si por desgracia se te ocurriera abrir bufete!...

Em.—Pero como voy á arreglármelas para tener el dinero que necesito? Porque yo no renuncio por nada á.....

F.—A nada, chico: pues no faltaba más! Mira, un medio sé, si quieres usar de él.....

Em.—Dílo, cuanto antes!

F.—Conozco yo á un don Primo que no tendrá inconveniente en facilitarte cuanto quieras: la garantía de ser tu padre rico es suficiente para encontrar dinero en abundancia.....

Em.—Si esto es así, estamos salvados.

F.—Teniéndome á tu lado, no te acobar-des, yo te aseguro que no ha de faltarte nada (Estanislao va á entrar, pero al oír la

voz de Felipe se detiene en el umbral). Buen chasco va á llevarse el vejete de tu padre! (Al oír esto, entra Estanislao y dirígese con ímpetu á Felipe).

ESCENA CUARTA

Emilio, Felipe, Estanislao.

Est.—¡Miserable! A mi padre se le nombra con respeto, y los granujas como tú, no son dignos de pisar los umbrales de esta casa!

F.—(Levantándose y con rabia). ¡Por el infierno, que te he de escarmentar.... (Quiere lanzarse sobre Estanislao y Emilio le detiene).

Est.—Déjalo, Emilio, que venga si se atreve.

Em.—Véte, Estanislao, véte y déjanos solos.

Est.—¿Qué me vaya, dices? Qué te deje

con ese demonio que te ha conducido por mal camino, con ese canalla que se complace en hundir á cuantos tienen la desgracia de topar con él, en la sentina del vicio, donde se revuelca?... Emilio, á él, has de decirle que se vaya, que te deje en tu hogar antes tan tranquilo y dichoso y ahora tan agitado é infeliz á causa de ese..... sablista!

F.—Ira de Dios, que te voy á matar! (Le amenaza).

Est.—(Con desprecio). Buen caso hago yo de tus bravatas; eres tan cobarde, como perdido é infame!. ...

F.—(Dirigiéndose á Emilio). Vaya, decídete y vámonos, que si no, no respondo de mí. Y tú (dirigiéndose á Estanislao), beato valiente, serás el encargado de decirle á tu señor padre que Emilio, cansado de tutelas y sermones, marcha en pos de la libertad que aquí le regatean.

Est.—(Con angustia). Es esto verdad, Emilio? No, yo no puedo creer que te vayas, que nos dejes de esta manera; dile á ése..... que se vaya, que miente, que nos deje en paz!

Em. — Mi padre lo quiere así: no hace mucho que casi me ha arrojado de esta casa!...

Est. — ¡No, imposible, tú habrás entendido mal los conceptos de nuestro padre; él, tan bueno, tan noble!..... No puede ser; te habrá exhortado á que dejes la mala senda que has emprendido, á que apartes, lejos de tí, los malos amigos que sólo te rodean porque á tu costa se hartan y divierten.

F. — (Con impaciencia). Acabemos, resuélvete, Emilio: el tiempo pasa, y..... no puedo contenerme más..... (Coje el sombrero y se dispone á marchar).

Em. — Vamos, pues!

Est. — (Cogiendo á Emilio de un brazo). Emilio, hermano mío! Ven conmigo, vamos á ver á nuestro padre! Y tú (á Felipe), ladrón de nuestra honra, véte, véte cuanto antes, ó llamo á los criados para que te echen como á un perro..... Emilio, si vas con él, vas al oprobio, á la ruina, á la deshonra; fuera de casa sólo habrá para tí, pesares, desengaños. ...; en cambio aquí, hallarás paz, cariño verdadero..... Marchándote, ma-

tas á nuestro padre, y ¡ay de tí, si has de dar cuenta á Dios de tal crimen!..... Emilio, Emilio, no ofendas á Dios tan gravemente; piensa que van á decir de tí las gentes; cómo vamos á ser el asunto de todas las hablillas..... Por la salvación de tu alma, por la memoria de nuestra querida madre, por la Pasión de Cristo, no te vayas, Emilio; te lo pido de rodillas (Se arroclilla á los piés de Emilio y le coge una mano).

F.—(Íracundo). ¡Ea!, basta ya de sensible-rías tontas; marchemos de una vez! (Al ver que Emilio mira enternecido á Estanislao). Acaba ya, si no me voy á contar á los amigos todo esto. Poco será lo que vamos á reir!.....

Em.—(Se desprende de Estanislao). Felipe, no me dejes, voy contigo (Se dispone á salir; Estanislao se levanta y corre hacia Emilio). No, nunca, jamás! (Felipe se lleva á Emilio hacia el corredor, y da á Estanislao tan fuerte empujón que le hace caer de espaldas: huyen).

Est.—Emilio, Emilio!..... Padre mío!..... (Queda desvanecido).

ESCENA QUINTA

ESTANISLAO, ANDRÉS, después D. FERNANDO.

(Entra Andrés á llevar sobre la mesa del centro cartas y periódicos; al entrar repara en Estanislao).

A.—Jesús nos valga!..... Si es el señorito Estanislao!..... (Lo coloca sobre un sofá). Qué tendrá, Dios mío?..... Señorito, señorito!..... (Le sacude para hacerle volver en sí). Ah!, ya caigo; apuesto que es una barrabasada del señorito Emilio..... Eso, éso es; le he visto salir escapado seguido de su amigote Felipe, á quién Dios confunda!... Voy á avisar al señor (Sale).

(Estanislao recobra el conocimiento, se incorpora y mira á todas partes).

Est.—Dónde estoy?..... Qué me ha pasado?..... No sé nada..... Ah! sí, ahora recuerdo; Emilio se ha marchado con Felipe, con su ángel malo!..... Dios mío, perdido, per-

dido para siempre!..... Tened piedad de él ...

¿Y mi padre, mi pobre padre, qué va á ser de él cuando lo sepa? Sin tener aún cicatrizada la herida que le causó la pérdida de mi buena madre, recibir ahora este golpe tan duro!..... ¿Qué hacer, Dios mío? Yo iría á buscar á Emilio, pero será inútil; se mojará de mí, no querrá escucharme, como ha sucedido hace poco. ¡Ah, si viniera el padre Santiago! (Va á salir, pero en el mismo momento se presenta D. Fernando seguido de Andrés).

D. F.—Qué ha pasado aquí, Estanislao? Dice Andrés que te ha encontrado tendido en el suelo, sin conocimiento, y que poco antes había visto salir á Emilio seguido de Felipe marchando presurosos (Dirigiéndose á Andrés). Puedes retirarte, Andrés (Sale). Habla, Estanislao, quiero que no me ocultes nada, quiero saberlo todo.

Est.—Padre.....

D. F.—Por Dios, dímelo todo!

Est.—Emilio se ha marchado de esta casa para no volver!.....

D. F.—¡Santo Dios!, hoy empieza para mí un martirio que acabará con mi vida!

Est.—Me ha dicho Emilio que V. casi le había echado; estaba irritadísimo contra usted. Es preciso que Emilio vuelva, no debemos perdonar medio alguno para conseguirlo.

D. F.—¡Ah, hijo ingrato, cuánto amargas mi existencia! ¡Dios mío, perdonadle cual le perdono yo! Emilio, Emilio, si vieras cómo colmas de dolor á tu infeliz padre!

Est.—Envano le he suplicado, en vano me he arrojado á sus piés pidiéndole que desistiera de sus propósitos: cuando he visto partir á Emilio me he abalanzado á él para detenerle; entonces Felipe me ha rechazado haciéndome caer. Sin duda á efecto del sentimiento de ver marchar á Emilio y á consecuencia del golpe recibido, he perdido el conocimiento. Esto es cuanto ha pasado.

D. F.—(Con la cabeza apoyada en la mano y enjugándose los ojos de vez en cuando.) Grande, terrible es mi desgracia: Señor,

concédeme resignación, dame fortaleza, porque me siento desfallecer ante este golpe rudo, cruel!.... Salva á mi hijo, Dios mío, sálvale! Te lo pide un padre infeliz que siente desgarradas sus entrañas al ver perdido para siempre al que es sangre de su sangre!..... Su alma, mi Dios, su alma (levántase con arranque) que va á perderse! Descarga sobre mí Tu ira; sufriré resignado cuantas pruebas te dignes enviarme; pero Señor, por tu Hijo, por su preciosa sangre tan pródigamente derramada, no consientas que en el día tremendo del juicio final vea arrojado al infierno con los réprobos, á mi hijo! (Llora y dirigiéndose al S. C.) Y Tú, Jesús mío, por tus entrañas de misericordia, ténla de él y de mí! (Sale)....

Est.—Padre mío... Pobre padre, la pena acabará con él! ¿Y Emilio?..... Ah, infeliz...! No sé cual de los dos merece más compasión.....

Y yo sin poder remediar esta desgracia, sin poder consolar á mi padre, ni salvar á mi hermano.....!

¿A quién acudir, Dios mío, quién pondrá remedio á tanto mal? (Alza la cabeza y mira al C. de J.) Alma mía, y no lo aciertas? (Con gran fervor y expresión) A Tí, Jesús mío, á Tí acudiré, buscando alivio á nuestra pena; y pediré y te ofreceré tanto que indefectiblemente me escucharás (Se arrodilla)..... Jesús, amor de mis amores, Padre y Redentor mío! Yo te hago el voto de marchar á lejanas tierras, donde tantos hermanos míos viven sumidos en las tinieblas de la idolatría, y allí con celo ardiente conquistaré almas para Tí..... Sí, mi Jesús, yo entraré á formar parte en las filas de Tu esforzada, de Tu admirable Compañía: acepta propicio mi voto, consuela á mi pobre padre en su tremenda angustia, salva á mi hermano, haz que vuelva á amarte como antes te amara y yo partiré gozoso y daré mi vida por Tu fé!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

—=—

La misma decoración anterior.

ESCENA PRIMERA

—

ESTANISLAO, ANDRÉS, el P. SANTIAGO.

Al empezar el acto aparece Estanislao sentado junto á la mesa del centro, teniendo la cabeza entre las manos.

Est.—¡Señor, Señor! Hace más de un año que mi hermano marchó de esta casa para ir en pos de su perdición; hace más de un año que veo sufrir al autor de mis días sin poder aliviar su pena!..... ¡Dios mio!, haced que esto termine, porque si no, mi padre va á morir de dolor!.....

A.—(Desde la puerta). Señorito!...

Est.—Entra, Andrés, que quieres?

A.—El P. Santiago quiere hablar con usted.

Est.—Que éntre, que éntre enseguida: voy á recibirle (Aparece el P.)

P. S.—Dios te guarde, Estanislao (Éste le besa la mano y le hace sentar).

Est.—Él bendiga á V! Pero por qué se hace V. anunciar? V. sabe que á todas horas puede entrar sin necesidad de aviso, y sabe también que es para nosotros un verdadero placer disfrutar de su compañía, tan grata y cuanto deseada.

P. S.—Lo sé, hijo, lo sé; pero hoy quiero hablar á solas contigo, porque vengo á tratar de Emilio.

Est.—De mi hermano!..... Acaso le sucede alguna desgracia?

P. S.—No te alarmes y óyeme con calma: cierra la puerta para que nadie se entere de lo que vamos á tratar (Estanislao cierra la puerta.)

Est.—(Inquieto). Hable V., por Dios!

P. S.—Emilio está en situación tal, que es llegada la hora de intentar traerle á esta casa.

Est.—V. sabe que varias veces lo he pro-

curado inútilmente; la última vez me despidió de mala manera.....

P. S.—Sí, tienes razón; pero Emilio entonces disfrutaba, tenía una multitud de amigos que celebraban sus desórdenes, derrochaba á manos llenas; hoy se vé abandonado de todos, porque Felipe, el diabólico Felipe, ha dado á entender á los usureros á quienes él mismo entregó á Emilio, que vuestro padre no reconocerá las deudas de su hijo y están acordes y dispuestos á entregar á Emilio á los tribunales.

Est.—Dios mío!.....

P. S.—Aún hay más, oye hasta el fin: Felipe ha pedido la mano de María, la prometida de Emilio; para éso ha hundido á tu hermano en el precipicio espantoso en que está. La jóven ha rechazado á Felipe; Emilio lo sabe todo, y ha dicho que matará á su indigno amigo, y que antes que verse en la cárcel se suicidará.....

Est.—Corramos, P. Santiago, corramos en busca de Emilio (quiere marchar); yo no quiero, yo no puedo consentir que esto suceda!

P. S.—(Le detiene). Cálmate, Estanislao; Dios no querrá que eso sea: Él nos ayudará.

Est.—(Sentándose). Dígame V., padre mío, que es lo que he de hacer; ayúdeme en este trance, señor.

P. S.—Sí, hijo, sí; ahora como siempre, ahora más que nunca te ofrezco hacer cuanto sepa y pueda por salvar á tu hermano.

Est.—Vamos, pues á verle, á traerle aquí! Pronto, pronto.....

P. S.—No, no: en el estado de ánimo en que se encuentra tu hermano fuera eso quizás contraproducente; si quieres seguir mi consejo escríbele, háblale al corazón. Si rechaza tu escrito, si no quiere escucharte, entonces obraremos de otra manera.

Est.—Y qué le digo, señor? Yo quisiera convencerle y temo no conseguirlo.

P. S.—Escucha: en las admirables páginas del Evangelio hay palabras de vida eterna, de dulcedumbre tal, que subyugan y atraen al bien: hay en especial para los que sufren, como tu hermano, frases de suavísima esperanza brotadas de los purísimos

labios de Jesús: recuérdaselas á Emilio, ahora es la ocasión propicia. Si el corazón de tu hermano está tan endurecido que en él no hallen eco las palabras del Salvador, entonces no tendremos más remedio que enterar á D. Fernando de todo. Yo me voy, pero volveré luego; hé aquí las señas de la habitación de Emilio.

Est —He adivinado lo que he de decir á mi hermano; pero no me deje V., P. Santiago; hagamos cuanto humanamente sea posible por salvarle, antes de que mi padre sepa la terrible situación de Emilio.

P. S. —Sí, hijo, hasta luego; á no tener gran precisión no te dejaría, pero no tardaré mucho en volver. ¡Adiós!

Est. —Él guarde á V. (Le besa la mano y le acompaña).

ESCENA SEGUNDA

Estanislao escribe y de vez en cuando se enjuga los ojos: luego Andrés.

Est.—(Escribiendo). Sí, yo creo que estas palabras forzosamente han de hacer mel'a en su corazón; pero sigamos, es preciso no perder tiempo (Termina de escribir).

Est.—Andrés! Andrés!

A.—(Presentándose). Señorito!.....

Est.—Acércate, Andrés; tu nos quieres, eres bueno, fiel, y me consta que lamentas nuestra desgracia.

A.—Sí, señorito; y cómo no amarles?..... Vdes. lo son todo para mí: sin familia, sin haber conocido á los que me dieron el ser, sólo en esta casa ha hallado cariño y protección el desgraciado Andrés, el desheredado de la fortuna!

Est.—Mira, hoy vamos el P. Santiago, y yo á probar una vez más si logramos que

Emilio vuelva aquí, y tú has de ayudarnos.

A.—Con alma y vida, señorito!

Est.—Bien, ahora mismo, sin perder momento, vas á llevar esta carta al señorito Emilio (se la entrega), y no le dejas hasta que te dé una respuesta por escrito: vé volando y no olvides que te aguardo con ansia.

A.—Descuide V. (Sale).

ESCENA TERCERA

Estanislao sólo: después el P. Santiago y Andrés.

Est.—Si tuviéramos la dicha de ver á Emilio como era antes, cuán feliz fnera, Jesús mío! Oh, Corazón santo, tocadle el suyo, y pueda yo cumplir el voto que os hice!..... Virgen Santa, interceded por él!
(Pausa).

Los minutos me parecen siglos (mira el reloj); apenas han transcurrido cinco desde que marché Andrés y se me figura que han pasado horas..... Ah! temo su vuelta y á la vez la deseo!..... Mi corazón late con celeridad pasmosa y desde el fondo de él se levanta una voz que me infunde aliento y esperanza!..... Confío, sí, que hoy va á ser un día de júbilo para todos..... Más ¡ay!, acaso, acaso sea la voz de mi anhelo la que así lo haga esperar á mi alma.....

Dios mío, acorta estos momentos de angustiada incertidumbre!..... Yo no quiero más que sujetar mi voluntad á la tuya santísima!..... Alguien viene; será Andrés?..... (Va á la puerta: entra el P. Santiago).

P. S.—Ya estoy aquí de vuelta; ha venido Andrés?

Est.—Aún no; cuán largos son estos instantes!

P. S.—Ten calma; no te atormentes de esta manera; dime, qué le has escrito á Emilio?

Est.—Véalo V. (le muestra, abierto, un libro de regular tamaño).

P. S.—Muy bien, perfectamente; yo tengo confianza en Dios, ya verás, ya verás.

Est.—Pero, señor, cuánto tarda Andrés!... Cuán negros pensamientos torturan mi mente!...

P. S.—Ten paciencia y confianza. Oigo que alguien se acerca (Van los dos hacia la puerta en la que aparece Andrés agitado, y alarga una carta á Estanislao).

Est.—(Cogiendo una carta). Qué es esto, Andrés, me traes la carta mía?... ¿Acaso no ha querido leerla mi hermano?...

A.—La ha leído y ha llorado mucho, muchísimo: la contestación está al dorso.

Est —(Entrega el papel al P. S.) Lea, V., señor; yo no acertaré á hacerlo!...

P. S.—(Lee). «Estanislao, hermano mío: Dios te ha inspirado y de tí se ha valido para que yo no me perdiera eternamente! Cuando ha llegado Andrés pensaba en suicidarme. Esta idea había asaltado mi mente, sin poder desccharla. Tu carta ha venido á recordarme la inmensa bondad de Dios, el inagotable cariño de nuestro pobre padre y

el tuyo. Ven, Estanislao, ven y concluye tu obra: yo me entrego á tí, y haré cuánto quieras».

Est.—(Juntando los brazos sobre el pecho) Gracias os doy, Dios omnipotente, desde lo más íntimo de mi alma (volviéndose al Padre Santiago). Y á V. también, Padre mío (le abraza).

P. S.—A Dios, á Él tan sólo. Corre, Andrés, vé á buscar un carruaje y espera junto al domicilio del señorito Emilio. Y tú, Estanislao, ven conmigo á buscar á tu hermano.

Est.—Y mi padre? Yo no quiero, así, sin prepararle..... La impresión podría serle fatal...

P. S.—Vamos; por el camino discurrirémos el medio más conveniente para que se trastorne lo menos posible (Vánse).

ESCENA CUARTA

Don Fernando, envejecido y triste.

Aparece D. Fernando buscando á Estanislao.

D. F.—Estanislao... (mirando á todas partes) no está... es extraño; él no acostumbra salir á estas horas... (siéntase). Cuán bueno es! Cómo sabe endulzar mis penas, siempre animándome, haciéndome entrever la dicha que anhelo!. Y cosa particular, cuando él me habla esforzándose en infundirme aliento, parece un ángel; hasta como que le circunda una aureola de luz célica... Ah, por qué no había de parecersele Emilio?... ¡Qué será de este desdichado hijo mío? Cuánto no diera por estrecharle entre mis brazos! ¡Oh, sí, sólo de pensar en tanta dicha, mi corazón late apresurado..... Ilusión vana; yo moriré de pesar sin tener el consuelo supre-

mo de verle arrepentido! (Queda en actitud meditabunda).

ESCENA QUINTA

*D. Fernando, Estanislao, despues Emilio.
(Oyense pasos apresurados; Estanislao va á entrar, pero al ver á su padre detiene con un brazo á alguien que va tras de él).*

Est.—V. aquí, padre mío?

D. F.—Sí, acaso te sorprende?

Est.—No, señor, pero... es que...

D. F.—Qué tienes? Te veo pálido, agitado!... Estás enfermo, hijo mío! (con viveza).

Est.—No, gracias á Dios; es la alegría, sosiéguese V... es la emoción... la...

D. F.—Pero si eres tú el que ha de sosegarse! Cuenta, cuenta, qué te pasa?

Est.—Ha venido el P. Santiago y me ha hablado de Emilio...

D. F.—De Emilio!... Dios santo!... Qué ocurre?

Est.—Nada male, al contrario...

D. F.—Acaba; no me tengas en esta incertidumbre!...

Est.—Oiga V. y alégrese. Ha venido el P. Santiago y me ha explicado la situación de Emilio: me ha dicho que había llegado la mejor ocasión para salvarle; me ha aconsejado que le escribiese, que le hablase palabras de consuelo y de esperanza...

D. F.—Y tú...

Est.—Oiga hasta el fin; no me interrumpa V., padre mío...

D. F.—Habla, dí pronto!...

Est.—Obedeciendo las insinuaciones del P. Santiago he escrito á Emilio lo siguiente: (Saca un papel y lee).

Est.—Uu hombre tenía dos hijos:

De los cuales el más mozo dijo á su padre: Padre, dame la parte de la herencia que me toca. Y el padre repartió entre los dos la herencia.

No se pasaron muchos días que aquel hijo más mozo recogidas todas sus cosas se marchó á un país muy remoto, y allí malbara-

tó todo su caudal, viviendo disolutamente. Después que lo gastó todo, sobrevino una grande hambre en aquel país, y comenzó á padecer necesidad.

De resultas, púsose á servir á un morador de aquella tierra, el cual le envió á su granja á guardar cerdos.

Allí deseaba con ansia henchir su vientre de las algarrobas y mondaduras que comían los cerdos: y nadie se las daba. Y volviendo en sí, dijo: ¡Ay, cuantos jornaleros en casa de mi padre tienen pan en abundancia, mientras que yo estoy pereciendo de hambre!

No: yo iré á mi padre, y le diré: Padre mío, pequé contra el cielo y contra tí:

Ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros.

Con esta resolución se puso en camino para la casa de su padre. Estando todavía lejos, avistóle su padre y enternecióronsele las entrañas, y corriendo á su encuentro le echó los brazos al cuello y le dió mil besos.

Díjole el hijo: Padre mío, yo he pecado contra el cielo y contra tí, ya no soy digno de llamarme hijo tuyo.

Mas el padre por respuesta dijo á los criados: Presto, traed aquí luego el vestido más precioso que hay en casa y ponédsele, ponedle un anillo en el dedo y calzadle las sandalias. Y traed luego un ternero cebado, matadlo, y comamos y celebremos un banquete.

Pues que este hijo mío estaba muerto y ha resucitado, habíase perdido y ha sido hallado (1) (Durante la anterior lectura D. Fernando llora).

D. F.—(Con afán inmenso). ¿Qué ha dicho Emilio, qué ha hecho, dónde está?

Est.—Oigalo V. (Lee la contestación de Emilio).

D. F.—(Levantándose). ¡Gran Dios!..... Dónde está Emilio?... Yo quiero ir á buscarle, corramos.....

Est.—Sosiéguese, pronto le verá V. En cuanto hemos leído la carta de Emilio he-

(1) San Lucas Cap. XV.

mos ido el P. Santiago y yo á verle. Si hubiese V. oído al P. Santiago!... Dios le bendiga! Emilio está ya arrepentido, ha venido á pedirle á V. perdón, pero teme presentarse.

D. F.—(Yendo á la puerta, con los brazos abiertos). Dónde estás, hijo de mi vida!... Emilio mío! . .

Em.—(Entra y cae de rodillas á los piés de su padre). ¡Perdón, perdón, padre amado!

D. F.—No á mis piés, á mi corazón (Levantándole y abrazándole con transporte). Hijo del alma, este es el puesto que tienen siempre los padres para los hijos de sus entrañas! Y tú (á Estanislao), ven también (se abrazan los tres). ¡Bendito sea Dios que tanta dicha me concede!...

Est.—Sí, padre mío; sí, Emilio: bendigamos á Dios sin cesar; sin cesar demosle gracias porque el beneficio que hoy nos concede es grande, inmenso. Y no olvidemos al P. Santiago; á él, después de Dios, debemos la alegría que hoy nos embarga. ¡Cuán bueno es, cuán generoso!

D. F.—¿Dónde está? Por qué no viene á gozarse en mi alegría?

Est.—Porque rehuye los elogios; dice que sólo á Dios hemos de estar reconocidos.

D. F. y Em.—¡Oh, sí! cómo pagaremos á Dios tanta bondad?

Est.—Yo, padre mío, yo soy el que ha de tornar á Jesús este favor: así se lo ofrecí, y con la venia de V. cumpliré mi promesa.

D. F.—Qué dices, Estanislao?

Est.—Escuchad: cuando en momentos de angustia y pena inmensa; cuando sumidos en el dolor y en la amargura llorábamos nuestra desdicha... (dirigiéndose á Emilio). Perdona, Emilio, si recuerdo el pasado, más es preciso... Yo, padre mío, viéndoos afligido, enfermo, abatido por el pesar, ofrecí á Dios, á cambio del arrepentimiento de Emilio, á cambio de su salvación, volar á tierras lejanas á ganar almas para Jesús. Padre, Dios ha escuchado mis súplicas, señal infalible de que aceptó mi voto!

D. F.—Dios santo!... Y querrás dejarme?...

Apenas recobro un hijo y debo ya perder otro?...

Em.—Estanislao, cómo amargas nuestra ventura!... Bastante ha padecido nuestro padre por causa mía; no quieras tú apenarle ahora!

Est.—Padre, Emilio: Dios me llama, no puedo desoir su voz!...

Em.—Es que yo quedaré con el remordimiento de verte lejos de nosotros por causa mía; es que.....

Est.—Calla, Emilio, no digas eso; y usted, padre mío, escuche. Si accedo á los deseos de los dos, si me quedo, mi vida será triste, arrastraré una existencia apenada por no poder cumplir el más ardiente deseo de mi alma.....

D. F.—Serás aquí sacerdote, practicarás como tú sabes hacerlo las Obras de Misericordia...

Est.—No basta esto á mi anhelo; quiero difundir la luz del Evangelio, quiero ganar nuevos hijos á Jesús.

Em.—Te parece que no tienes vasto cam-

po aquí, en esta misma ciudad? Sin ir más lejos, me ves á mí arrepentido, vuelto á la senda del deber por tus propios esfuerzos...

Est.—Por la soberana voluntad de Dios, por el amor del Sagrado Corazón, por la intercesión de nuestra Madre del cielo, por el celo del P. Santiago...

D. F.—Es que mi corazón no podrá soportar la idea de que vas á arrostrar las penalidades del misionero! . . . ¿Cómo quieres que yo viva tranquilo pensando de continuo que tú, entre salvajes infieles, estás expuesto á innumerables peligros? Oye: si marchas, cuando me sienta á la mesa, cómo podré tomar alimento, al pensar que quizás tu perezcas de hambre? Y cómo podré descansar tranquilo en mi lecho ante la consideración de que tal vez tú vas errante, aterido de frío á través de la nieve, ó extenuado por el sol ardentísimo de los trópicos, sin tener donde reclinar tu cabeza?

Est.—Así hace hablar á V el egoísmo paternal; V. sólo considera mi resolución bajo el punto de vista terreno. Cuando asal-

ten su mente tales ideas ha de desecharlas y pensar que su hijo es dichoso, ya habite en regiones heladas ó ya se halle en la zona tórrida, porque el amor que siento por Jesús me dará fuerzas para resistir los rayos del sol canicular, lo mismo que los rigores de la nieve y del hielo.....

¿Por qué ha de regatear: V. á Dios lo que de derecho le pertenece? Yo amo mucho á V., padre mío; pero por encima de este amor está el amor, la adoración debida al Padre Celestial.....

Por qué ha de privarse V. del mérito que ante Dios tendrá este sacrificio, ofreciéndole la violencia que hace V. á su corazón?...

¡Ea!, mire V. al cielo; considere que en breve pasará esta vida, que no es la verdadera vida, y que si momentáneamente nos separamos en este destierro nos juntará El en el cielo para no separarnos jamás.....

Y tu, Emilio, ayúdame á convencer á nuestro padre, díle que nunca le dejarás, díle que dedicarás toda tu vida á cuidarle con cariño, que en tí hallará el amor de los

dos. ¿Acaso no son estos los sentimientos que te animan?

Em.—Oh, sí, padre mío, si una vida consagrada á cicatrizar las hondas heridas que mi mal proceder causaron en su corazón es bastante á endulzar la existencia de V., yo prometo excederme á mi mismo con el fin de alcanzarlo.

Est.—Y dile más, Emilio: dile que pronto tendrá á su lado una hija amante y cariñosa, porque antes de marchar yo te unirás á María, á la pobre María, que no ha cesado de amarte, de llorar y sufrir..... María, la angelical María, será para V. verdadera hija...

D. F.—Pero tú, cuán lejos de mí!...

Est.—No, ciertamente. El mísero cuerpo podrá estar lejos, pero el alma mía, estará cerca, muy cerca. Y llenarán mi corazón el amor á mi Dios, el amor á V., padre mío, que tan hondamente siento, y el recuerdo de mi Patria amada.....

Oíd: á ser yo militar y á haber tenido que marchar á Ultramar, que hubiera V. hecho? Acaso me hubiese V. aconsejado que no fue-

ra á ocupar mi puesto de honor, allá entre las filas de los que pelean por la madre patria? Jamás, lo sé, y yo sin vacilación hubiera partido á desafiar los rigores del clima de aquellas tierras y á arrostrar los peligros de la guerra, sin que de sus labios de V. brotara ni una frase, ni una palabra de desaliento. ¿Acaso será más apreciada de V. esta patria de destierro que la patria bienaventurada? . . . ¿Acaso cree V. más digno que su hijo derrame su sangre por los reyes de la tierra que por el Rey de la Gloria eterna?... ¡Oh, padre mío!, dígame V. que no, dígamelo V., déme su bendición y déjeme partir á donde anhele .. (junta las manos y habla con acento suplicante).

D. F.—Hijo, hijo mio, venciste al fin! . . . Vé y en alas de ese amor ardiente conquista almas para Jesús!..... Grande, por extremo penoso es el sacrificio que hace mi alma á Dios!... A El sólo es dable apreciarlo!...

Est.—Y El sólo sabe también el premio magnífico que tiene á V. reservado. Ahora, padre, su bendición (Se arrodilla, mientras

que Don Fernando pone las manos sobre la cabeza de su hijo). Bendígate Dios, hijo, como yo te bendigo; El te colme de dichas y te guarde de todo mal!

Est.—(Levantándose). ¡Dios mío y Redentor mío! Llegó por fin el momento anhelado de marchar allende los mares á dar si es preciso mi vida por Vos! Corazón Santo soy todo, todo vuestro!

Em.—Mírele V., padre, parece un serafín!...

Est.—Oh, padre, Oh, Emilio, dadme un abrazo!... Haga el cielo que un día lo repetamos en la patria eterna (Se abrazan). Tú cuida de nuestro padre; ámale por tí y por mí, endulza sus horas de tristeza y fortalece su corazón en los momentos de desaliento!... A trabajar cada cual en su esfera para conquistar la Gloria! (Con creciente animación). Allá voy mi Jesús, allá voy mi Bien... al martirio, al cielo, al cielo! (Vuelto al público).

TELÓN.

EPÍLOGO

— = —

Sala bien amueblada.

ESCENA PRIMERA

—

D. F. solo, leyendo periódicos; luego Andrés.

D. F.—Cómo se angustia el corazón al leer estas noticias!... Qué será de Estanislao?... La persecución arrecia, las matanzas aumentan: cuántos peligros habrá arrostrado el hijo de mi alma!... Yo no sé que siento en mi corazón; algo que me presagia una nueva funesta... Perdonadme, Jesús mío!... El espíritu está pronto, más la carne es tan flaca!... Funesta nueva llamo á dar la vida por Vos, á ceñir la corona gloriosa é inmarcesible de vuestros mártires! Perdonad mi Dios esta flaqueza al amor fraternal, pues

al considerar que quizás ha muerto el que es carne de mi carne, siento mis entrañas desgarradas y el corazón traspasado de honda pena!... Emilio me oculta algo que yo adivino; sí, me esconde los periódicos, yo le veo esforzándose por parecer alegre y jovial... Ayer le sorprendí mirándome con expresión tal de tristeza que me estremecí, pensando en Eslanislao. Estos periódicos que acabo de comprar me revelan hasta cierto punto lo que presiento..... Y el Boletín de las Misiones Católicas?... (Buscando entre los papeles de la mesa). Hace bastantes días que debía haber llegado... no está, no lo veo (Llama). ¡Andrés, Andrés!

A. —(Entrando). Qué se le ofrece, señor?

D. F. —Díme; el Boletín de las Misiones, dónde está? Porque no lo veo encima de esta mesa, como es costumbre.

A. —Señor... yo no sé...

D. F. —No me mientas, Andrés (con autoridad): díme, ¿dónde está el Boletín último?

A. —El señorito Emilio.....

D. F.—Lo tiene en su poder?

A.—Sí, señor.

D. F.—Anda, dile que venga sin demora (Sale Andrés). Ciertos, fundados son mis temores... ¡Ay! Estanislao de mi vida, hijo querido... (Llora).

ESCENA ÚLTIMA

Don Fernando, el P. Santiago, Emilio.

P. S.—(Entrando y tendiéndole la mano).

D. Fernando.....

Em.—Padre mío.

D. F.—Padre, Emilio; en vano queréis ocultarme lo que hace ya días recelo; por Dios, decidme la verdad (Emilio se arroja en brazos de D. Fernando, el P. Santiago retiene siempre la mano de D. Fernando entre las suyas).

P. S.—Pues bien, D. Fernando, sí, es cierto; Estanislao contempla á V. desde el Cielo.

D. F.—(Siempre teniendo abrazado á Emilio). ¡Dios, Dios mío, dadme resignación, dadme consuelo! .. ¡P. Santiago, Emilio, no me dejéis!... ¡Muerto mi hijo!...

P. S.—Muerto, sí; al morir Estanislao, bajaron del cielo innúmeros ángeles á depositar en sus manos la invicta palma del mártir, á ceñir su frente con corona esplendente y gloriosa... ¡Padre afortunado!, cuando mitigado el dolor acerbo que ahora inunda su corazón, reflexione V. y acate plenamente la excelsa voluntad de Dios, ¿cual no será la dulce alegría, la íntima satisfacción que sentirá su alma?... Oh, D. Fernando, tener un hijo mártir, ¿cabe acaso mayor gloria para un padre?

D. F.—(Con los brazos alzados al cielo). Mi Estanislao mártir... ¡Oh, mártir de Cristo, ruega por nosotros!.....

A. M. D. G.

FIN

